

Amos Oz

Hasta la muerte

Traducción del hebreo de
Raquel García Lozano

 Siruela

Biblioteca Amos Oz

Índice

Amor tardío	11
Hasta la muerte	87

*A la memoria de mi padre,
Yehuda Arie Klausner*

Amor tardío

Aún tengo dos o tres cosas que decir. El tiempo pasa.

¿Qué palabras utilizar?, esa es la gran pregunta. Por eso he callado hasta hoy. Es decir, no he callado exactamente: soy un veterano conferenciante de profesión, un conferenciante ambulante del Comité Ejecutivo, un hombre de cultura. Lo cual significa que utilizo mucho las palabras. Y a pesar de todo, aún tengo dos o tres cosas que arrancar del silencio. ¿Acaso no he visto los confines de los espacios tranquilos?

Comenzaré declarando lo siguiente: soy un viejo conferenciante, ridículo y prescindible, absolutamente prescindible, es decir, prescindible por completo y desde cualquier punto de vista. A menudo, con mi sola presencia altero a la gente. Por ejemplo, cuando entro para algún asunto en la Secretaría de Cultura o en la Oficina Central de los kibutz, hasta las mecanógrafas se lanzan de inmediato sobre las máquinas de escribir, por si se me ocurre ponerme a hablar con ellas. Hasta ese punto. Lo sé: no es fácil soportarme.

No tengo ningún tipo de relaciones. No me refiero precisamente a las mujeres, la palabra «relaciones» puede llevar a pensar algo así, relaciones de cualquier tipo con una mujer no las he tenido desde la época del Mandato. No, estoy hablando de relaciones en general: no tengo ningún tipo de relaciones. Y es que, cuando me hablan, normalmente no escucho. Y, cuando yo hablo, los demás escuchan solo a medias o no escuchan.

Y eso que, por naturaleza, hablo mucho.

Es como si yo fuera, supongamos, el único marinero sobre una balsa en medio del mar. No hay nadie, no hay gaviotas, no hay viento, la corriente es muy silenciosa, hasta el agua parece congelada. Así me encuentro, solo.

Por cierto, debo señalarlo claramente, la balsa se está desintegrando: pronto moriré. Digo esto con absoluta calma, porque considero la muerte un asunto casi anecdótico, un acontecimiento casual y burdo, una especie de truco barato. ¿Acaso no he visto los confines de los grandes espacios?

¿Es que soy indiferente a mi propia muerte? No, no es una cuestión de indiferencia, sino de una especie de distancia, de una especie de telón que es muy difícil explicar con palabras.

Yo digo que en el fondo las palabras son un mal asunto. Pero, por otra parte, el grito o la risa no encajan, quiero decir que no van con mi temperamento.

Tal vez sea mejor entrar un poco en detalles: llevo ya diez años con la presión arterial tan alterada que mi vida corre peligro. Hace dos años me extirparon del estómago un pequeño tumor y mis evacuaciones aún conllevan horribles tormentos. También soy un gordo que sigue engordando sin parar y que fuma sin medida un cigarro tras otro. Todo eso va destruyendo mi cuerpo. Y me parezco a uno de esos judíos de los chistes, a ese judío que está fumando tranquilamente en un avión que cae en picado porque el avión no es de su propiedad.

A veces, en momentos inesperados, soy capaz de oír o sentir dentro de mi cabeza una especie de susurro, de chirrido, como el de unos sigilosos neumáticos sobre una carretera mojada: sssss. Y mientras tanto, por fuera, mis cabellos blancos se van cayendo. Asimismo, incluso en los días calurosos, me entran como escalofríos. Y así me voy

desintegrando, pero sin prestar mucha atención. ¡Por favor!, ¿acaso mi atención no se está desintegrando?

Para casos extremos en los que uno de esos dolores se adhiere a mí con excesiva fuerza, tengo una colección multicolor de píldoras y pastillas que distintos médicos de distintas especialidades me han ido recetando a lo largo de los años. Siempre llevo en los bolsillos de la chaqueta varias cajas. Si aparece un dolor y se empeña en interrumpir mi trabajo, me tomo dos o tres pastillas, las que sean. Y si no sirve de nada, yo, por mi cuenta, me tomo otra más. Por cierto, siempre existe la posibilidad de aturdir cualquier dolor con varias copas de coñac.

Lo que ocurre es que la bebida dispersa mis ideas, y yo me preocupo mucho por mis ideas. Además, al final puedo llegar a la euforia, algo que, por principio, va en contra de mi temperamento y, por tanto, también me perturba.

Asimismo, mis dientes están podridos. Mejor dicho, no son los dientes sino las muelas. Sé que mi boca desprende mal aliento. Debo permanecer siempre a distancia. La gente no consigue ocultar sus náuseas, y tampoco se esfuerza lo más mínimo. También a mí me produce náuseas.

Pero aún no estoy autorizado a encerrarme o a marcharme. Aún tengo que decir dos o tres cosas.

Tengo un piso en un barrio obrero. Una habitación, cocina, baño, balcón y *hall* luminoso. Suficiente para mí. Aunque el techo es demasiado bajo. Y las paredes dejan pasar la humedad, o tal vez ellas mismas producen tanta humedad que incluso en los días de verano brotan en ellas flores grises de líquenes. El moho se extiende por los rincones. En mi casa, además, las baldosas tienden hacia el centro de la habitación: tengo que meter cuñas debajo de las patas de la mesa, porque si no hasta el té dentro de la taza formaría una pequeña pendiente. Y la obstrucción de las cañerías de vez en cuando no es un problema trivial.

Al diablo, siempre me ocurre lo mismo: pretendía hablar de cosas grandes, decir algo sobre la redención nacional, y de pronto el desagüe se me cuele en el discurso. ¡Por favor! ¿Qué tiene de sorprendente que todos se aparten de mí? De mí, que una vez estuve a punto de ser elegido parlamentario. Ciertamente, desde entonces han pasado muchos años. Eso ocurrió en los días de la primera Asamblea Constituyente del año 1949.

En resumen, ahora, durante estas noches húmedas y asfixiantes de verano, me presento a mi muerte.

No tengo ningún miedo.

Pero, cómo decirlo, me da asco.

Esa muerte llega y abre la puerta de malla por la noche, la puerta que está entre el dormitorio y la terraza. Una y otra vez agarra el picaporte y tira con fuerza hacia fuera de esa puerta hecha para abrirse solo hacia dentro. Es decir, que no tiene motivos para jactarse de una razón práctica. Al final puede con la puerta y entra hacia mí atemorizada, rechoncha, sucia, además de jadeante y cubierta de sudor rancio. Yo sigo tumbado con los ojos abiertos y la veo acercarse. Se deja caer al borde de mi cama, con la yema de los dedos toca mis piernas por encima de las sábanas. Exactamente así, con las yemas de los dedos, me toca dos veces por semana la vieja enfermera del ambulatorio, Huma Spielberg, antes de clavarle con fuerza la aguja de la jeringuilla. Se me había olvidado decir que me ponen habitualmente varias inyecciones.

Enseguida pasaré a ocuparme de asuntos del todo distintos. Solo una cosa más: cuando fumo, mis dedos me parecen cuerpos extraños. De pronto veo unos cuerpos extraños y repulsivos acercándose a mí con mi cigarro.

Si pronto estaré al margen de todos estos detalles, ¿por qué me complico con ellos inútilmente? En vez de hablar

de mí mismo, ¿no sería mejor hablar de otros? Por ejemplo, de un poeta o de un líder nacional. Podría contar, digamos, una historia con envidia sobre el ministro de Defensa, que es un hombre joven, enérgico, muy interesante y no carente de encanto. Lo que ocurre es que él no respondió a las dos cartas que le escribí y, por tanto, aún no nos hemos conocido. Muy a mi pesar, tengo que hablar de mí mismo y no de él.

Ahora, con sesenta y ocho años, solo, sin amar ni ser amado, al parecer se me concede una última prórroga para intentar expresar dos o tres cosas. Después me entregaré en paz.

Sí, me llamo Shraga Unger, ¿he mencionado ya mi nombre? Soy un veterano conferenciante ambulante del Comité Ejecutivo. Los viernes por la noche voy de kibutz en kibutz. A veces me envían a algún Consejo de los Trabajadores, a una fiesta del final del Shabat o a un debate. Aparezco en seminarios, en jornadas, participo en simposios y en grupos de estudio, breves cursos de especialización, a veces también doy conferencias ante algún grupo de activistas.

El judaísmo ruso es mi único tema. Soy de los que se vuelven locos por una cosa. En el bolsillo de mi chaqueta llevo como media docena de versiones de conferencias, todas sobre el mismo asunto. Y es que es un asunto serio e importante.

De vez en cuando cambio el título o me centro en un aspecto determinado: «El grito de la lengua yiddish en la Unión Soviética», «El pacto de silencio: ¿Hasta cuándo?», «Nuestros hermanos bajo la sombra enemiga» o «Libera a mi pueblo». Volveré a hablar de esto, ahora debo proseguir, el silencio de los espacios también caerá en mi red de palabras, los caudalosos ríos de las galaxias que inundan no-

che tras noche hasta el alma del universo, hasta el último resplandor del caos, también se llevan al judío de la Rusia soviética en la corriente de su silencio abrasador.

Asimismo, durante muchos años me acompañó en todos mis viajes una veterana cantante, una cantante de la Hista-drut, Liuba Kaganovskaya. Juntos actuábamos por todo el país. Ella leía documentos, yo daba el discurso, ella cantaba y yo concluía.

Tras varios años, Liuba Kaganovskaya perdió la voz. Al parecer, le dieron un puesto en el Consejo de las Trabajadoras.

Desde entonces siempre viajo solo.

¿Conoces el olor de las carreteras perdidas en la noche, en Galilea, en el valle de Bet Shean, en el Négev occidental? Melancólico y lejano. Viajar de oscuridad en oscuridad en una furgoneta polvorienta, conducida por un campesino cultivado o un erudito cansado. Las luces de los faros son ajenas a los campos nocturnos y ajenas también a sí mismas. La velocidad hierde el aire oscuro y el aire devuelve un leve gemido. De cuando en cuando alguna criatura nocturna se atraviesa en la carretera desierta, es atrapada por la violencia de la luz, se estremece y escapa.

Es posible que los frenos chirríen y tú te golpees la cabeza contra el cristal.

Después, el silencio del viento y el olor de las tinieblas. A veces te entra un pánico repentino: es como si el conductor desconocido se fuese a abalanzar bruscamente y a estrangularte. Como si la tierra se levantara y se diera la vuelta. Como si una estrella cayera desde arriba. ¡Por favor! Y entonces, una ola ciega de ebullición interior se alza y anega tu alma, y tú comienzas de pronto a esperar con ansias un esclarecimiento, una aclaración aguda, parece que algo debe,

tiene que revelarse, una versión, una combinación vertiginosa, un propósito, pues no es posible que hayas nacido y también vayas a morir sin que te acontezca al menos una aclaración, sin que te ocurra una luz fuerte, sin que pase algo, no es posible que todos los días de tu vida hayas sido únicamente un sueño desolado en tu propio corazón, tiene que haber algo, algo debe aparecer, algo está...

Pero esa expectativa se extingue como siempre en la oscuridad, y ya tienes un cigarro en la mano y tos. Te arderá el estómago. Tendrás que carraspear, o estornudar. Y, si verdaderamente has tenido por un momento alguna clara posibilidad, ha pasado de largo sin rozarte siquiera.

Además, a tu lado hay un conductor desconocido. Seguro que no ha escuchado tu conferencia, le ha tocado conducir de noche y él conduce de noche, va abrigado y en silencio, es mucho más grande, robusto y alto que tú, y va pensando en sus cosas, ¿qué puedes decirle por la noche? Ofrecele un cigarro. Acércale una cerilla.

Y así, mientras el motor va royendo el silencio de los campos melancólicos, tú te vas encerrando, estás cansado, y de pronto, por la noche, pasas por Yavniel y para ti se llama precisamente Novozybkov.

Y no es necesario. No es necesario en absoluto. No es necesario desde ningún punto de vista.

Por cierto, una vez pensé que aprendería a conducir y me trasladaría por mis propios medios de un lugar a otro. Terminaría una conferencia, me despediría del público y del moderador, partiría solo hacia mi casa o hacia el siguiente kibbutz de la lista, no me convertiría en una carga, se produciría un gran cambio en mi vida. Y efectivamente, hace unos años, incluso me compré el código de circulación y

comencé a estudiarlo a conciencia durante dos o tres horas diarias.

Pero al cabo de un tiempo me desilusioné por completo: aquello no iba en absoluto con mi temperamento.